

ROBINSON CRUSOE. - III

por Miguel de Unamuno

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

YA vemos cómo Robinson, reducido a su hogar, su "home", su castillo, su "castle", su retiro, su "retreat", después de haberse quedado como herido de un rayo al ver una solitaria huella de planta de hombre en la arena de la playa de su isla, se fortifica allí contra el posible enemigo. Pero lo que realmente fortifica es su soledad, su tesoro. Aunque él acaso creyese que temía la hostilidad del hombre, su concurrencia, el que otro que llegase tratara de reducirle a esclavitud para que trabajase para los dos, lo que en realidad temía es que le estorbaba su libre comunicación con su Dios.

Robinson se resignó pronto a su soledad. Su temor era haberse encontrado con salvajes. Mejor solo que con ellos. A los veintitrés años de residencia en su isla habíase naturalizado en ella y gozaba de la certidumbre de que no llegarían salvajes a perturbarle su existencia en ella. «Pude haberme contentado—nos dice—en haber capitulado para emplear el resto de mi tiempo allí, aun el último momento, hasta haberme acostado y muerto como un viejo macho cabrío en su cueva. Había llegado también a algunas pequeñas diversiones y recreos que me hicieron el tiempo más agradable». Enseñó a hablar a su loro y así gozó de la compañía de sí mismo. Y exclama: «Acaso el pobre Poli—el loro—esté todavía vivo allí llamando al pobre Robin Crusoe hasta hoy».

¿Y por qué aquel terror de Robinson al hombre? ¿No nos han dicho que el hombre es un animal social o civil o político—«zoon politicon» le llamó Aristóteles—por naturaleza? ¡Ah!, es que Robinson presunta que si otro hombre llegase a la isla, en vez de formar compañía y sociedad trataría cada cual de explotar y domar al otro, que al punto se establecería una relación de amo y criado, de vencedor y vencido, de señor y siervo, de productor y consumidor. Y si no eran más que dos, peor que si eran muchos, pues entre dos no cabe mayoría y minoría. ¿Que no? El más fuerte es la mayoría, y el otro la minoría. Entre dos cabe tiranía. Y no era acaso lo peor la concurrencia económica, no! Lo peor habría sido lo que, según la biblia, el libro de Robinson, introdujo el primer crimen en el mundo.

Al principio del capítulo IV del «Génesis» se nos dice que: «Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y parió a Cain, y dijo: He adquirido varón por Jehová. Y después parió a su hermano Abel y fué Abel pastor de ovejas y Cain fué labrador de la tierra. Y aconteció, andando el tiempo, que Cain trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová, y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas y de su grosura. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda, más no miró propicio a Cain y a la ofrenda suya. Y ensañóse Cain en gran manera y decayó su semblante. Y entonces Jehová dijo a Cain: «¿por qué te has ensañado? ¿por qué se ha inmutado tu rostro? Si bien hicieres ¿no serás ensalzado? y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta. Con todo esto a ti será su deseo y tu te enseñorearás de él». Y habló Cain a su hermano Abel, y aconteció que estando solos en el campo Cain se levantó contra su hermano Abel y le mató».

De esta hermosa leyenda bíblica se saca que la conciencia religiosa, de la humanidad no cree como enseña Carlos Marx con su concepción materialista de la historia, que la guerra la trajese al mundo la concurrencia económica, que el fratricidio haya surgido de que se armó un estómago hambriento o ávido. No, cuando ocurriera el primer crimen—si es que puede hablarse de un crimen primero—no sería por hambre sino por envidia, no sería que un hermano mató a otro para robarle sino para vengarse. ¿Para vengarse de qué? De que le sentía superior a él, más acepto a Dios. ¿Y no es acaso una injusticia toda superioridad? De estas dolorosísimas reflexiones pueda ver el lector en nuestra novela «Abel Sánchez»; una historia de pasión». Y volvamos a nuestro Robinson.

Robinson tenía el miedo del hombre porque lo conocía—se conocía a sí mismo—y las aves de la isla desierta en que fué a dar, cobraronle también pronto miedo a él, al hombre, en cuanto aprendieron a conocerle. Cuando sembró parte del trigo que recogió de la caja del naufragio para ir haciéndose capitalista, para atesorar ahorros de subsis-



tencias, los pájaros le comían buena porción de las simientes y tuvo que defenderse de ellos. «Me aparté de allí—nos dice—para cargar mi escopeta y marchándome pude ver fácilmente a los ladrones.—«tha thieves»—posados en todos los árboles cerca de mí como si sólo aguardaran a que yo me fuera. Y así resultó el caso, porque en cuanto me aparté, como para irme, no bien estuve fuera de su vista, se precipitaron abajo, uno por uno, al grano, de nuevo. Me incomodé tanto que no tuve paciencia de aguardar a que llegaran más, sabiendo que cada grano que comieran entonces sería, por así decirlo, un cebo en adelante, y llegándome al seto hice de nuevo fuego y maté tres de ellos. Esto era lo que yo deseaba; los levanté y los puse como se hace en Inglaterra con los notorios ladrones, o sea que se les cuelga para que sirvan de terror a otros. Es imposible imaginar que esto hubiera tenido el efecto que tuvo porque los pájaros no sólo no volvieron al grano sino que en breve abandonaron toda aquella parte de la isla y no logré volver a ver un ave cerca del lugar, mientras mis espantajos—«scarecrows»—colgaron allí».

No podemos resolvernos a creer que fueron los cadáveres de aquellos pobres pájaros inocentes, a quienes el pladoso solitario Robinson les llama «ladrones»—«thieves»—los que asustaran, como espantajos, a sus hermanos vivos. No; el espantajo, el «scarecrow», era el mismo Robinson, era el hombre. El hombre es un espantajo para todos los animales, y aun para todos los otros hombres, a quienes no reduce a domesticidad. El hombre es un ídolo para el perro doméstico, pero un espantajo para el lobo libre y para la inocente liebre. El pastor es un ídolo para la oveja, pero ésta no sabe que el pastor la matará para comérsela.

Aquel trágico pensador y sentidor que fué el danés Kier Kogaard, un solitario, un Robinson del espíritu también, decía en uno de los «diapsalmata» de su obra: «Lo uno y lo otro» esto: «Hasta en la naturaleza se reconoce el valor humano, porque cuando se quiere alejar las aves de los árboles se pone algo que se parezca a un hombre, y por lejano que sea su parecido con éste, como es el de un espantajo, basta para imponer respeto.»

¿Respeto? Algo peor que respeto; ¡terror! Y no hace falta colgar pájaros ladrones para ello.

Si, todos los animales que conocen al hombre le temen y huyen de él, menos los domésticos y las moscas, pulgas, chinches, piojos y otros que viven a su costa. Sólo un peligro común puede juntarlos. ¡Y que tendría no poco que ver aquella arca de Noé en que éste se metió con su familia y un par de animales de cada especie! Excepción hecha de los peces, nos figuráramos. Y de moscas y pulgas y chinches y demás parásitos queremos creer que habría más que una pareja de cada especie de ellos. O que acaso el diluvio no acabó con los que quedaron fuera del Arca.

Robinson no fué espantajo, sino ídolo, para su loro, para su Poll, que después de haber él vuelto a los hombres le seguirla llamando, ni para su perro que le acompañó no menos que diez y seis años y murió de viejo.

¡Y qué rasgo de tan profunda humanidad ese de Robinson de suponer que

su loro siguiera llamándole por los bosques! «No deseo a ningún inglés—nos dice—la mala suerte de que llegue allí y le oiga porque si lo hiciera creería de seguro que era el diablo.» ¡Pobre Poll! ¡Pobre loro! ¿No sentiría la nostalgia del hombre? ¿El, el loro, le sirvió al hombre para que no se anegara éste, en su absoluta soledad, para que oyese palabras humanas, le sirvió de algo así como de espejo acústico hasta que hubo encontrado a su semejante, pero a su vez no sintió el loro al aprender palabras humanas, palabras articuladas, algo como el obscuro alborocar en sí de una conciencia? ¿No acabarían los loros en puro repetir una palabra por vislumbrar algo del concepto que ella reviste y encarna?

Al cabo de años de llevar solo Robinson en su isla, al fin arribó a ella un pobre salvaje que se salvó, naufrago, de una excursión desde otra isla. Había ido huyendo de otros hombres y Robinson le salvó la vida. Y como fué en un viernes le llamó Viernes «Friday.» Ya tenía, pues, consigo al hombre, al prójimo, al semejante, a quien tanto había temido y contra el que se fortificó en su hogar. ¿Semejante? Se-

mejante no, sino un inferior y un criado. Era uno a quien salvó la vida, uno a quien había de proteger. Y proteger equivale en cierto modo a explotar. En adelante Robinson sería rey en su isla porque tenía ya un súbdito.

«Durante el largo tiempo que Viernes había estado ya conmigo—cuenta Robinson—y que empezó a hablarme y a entenderme, no dejé de echar los cimientos del conocimiento religioso en su espíritu; particularmente le pregunté una vez: ¿Quién le hizo?» ¡Ya está en funciones el misionero! El buen puritano sufriría antes del encuentro de Viernes, de no tener a quien leerle la Biblia y tratar de convertirle; porque como no fuese a Poll, al lorito... Y si a San Antonio de Padua, como buen franciscano y con sus remotos ribetes de misticismo panteístico, se le ocurrió predicar a los peces, a Robinson no le pasó por las mientes echarles un sermón evangélico a los pájaros que le comían el trigo. ¿Podría haberles probado evangélicamente que era ello un robo? «Mirad las aves del cielo—decía Jesús (Mat. VI 26) que no siebran ni siegan ni allegan en graneros y vuestro Padre celestial las alimenta.» Que las alimente su Padre,—se diría el piadoso puritano—pero ¿yo! Y ahora el puritano tenía un catecúmeno, Viernes, a quien explicarle el valor del séptimo mandamiento de la ley de Jehová; tenía a quien explicarle lo que era el robo y sobre quien empezar a establecer su reinado sobre el derecho de propiedad. En los tres años que Robinson vivió con Viernes fué feliz. Hizo del salvaje un buen cristiano y... un buen súbdito suyo. Y no hubo en su pequeño reino herejía alguna. El buen Viernes no tenía ni aptitud ni gusto para la herejía y fué con respecto al credo de Robinson un conformista y no un disidente. Y pudo además Robinson contarle a otro hombre su historia. ¡Y lo que esto vale!

Ya le tenemos a Robinson camino de llegar a rey.

